

**Yomar S. Cardona**

## **Contornos**

Sutilmente, deslizó la sábana hasta dejar al descubierto su cuerpo desnudo. Esa noche, como las anteriores, lo miraba una y otra vez. Contemplaba minuciosamente la belleza fisionómica del ser que estaba frente a su vista.

- *¡Eres perfecto!* – repetía entre susurros que solo ella alcanzaba a escuchar. Lo consideraba el más esbelto y apuesto de los hombres. Era el compañero idóneo que siempre había anhelado.

Se sentó en un rincón del cuarto para apreciar la belleza de aquel cuerpo que se imponía como la noche misma.

- ¡Eres un hombre dotado de las más anheladas virtudes masculinas! - se decía a sí misma, y era cierto. Cada línea y contorno de su cuerpo reflejaban perfección. Ni aún las más excelentes cualidades del dios Apolo, se podían comparar con las más pequeñas virtudes de aquel hombre que permanecía con sus ojos cerrados.

Su rostro cubierto de perfiladas facciones, permitía percibir serenidad. Sus labios reflejaban una sensualidad masculina que se superaba a la noche anterior. Parecía que invitaba a la espectadora a experimentar un apasionado beso con él. Pero ella lo conocía muy bien, por lo tanto, decidió abstenerse del acto.

Continuaba observándolo con admiración desde el rincón en que se encontraba. Se sentía complacida de lo que había hecho. Pero él nunca se daba cuenta de lo que ella experimentaba cada vez que lo observaba.

Continuó contemplando la belleza de las sinuosas líneas de sus hombros, que se elevaban como volcanes gemelos, desbordándose en un mar de petróleo hasta cubrir todo su cuerpo. La erupción de amor y deseo era lo que cautivaba a aquella mujer que lo conocía. La piel de su vientre comenzaba a deslizarse y a reflejar la frialdad de un mármol negro que llegaba hasta el génesis del pubis amazónico.

Nuevamente, comenzaban a aparecer las líneas que definían con perfección cada uno de sus músculos. En él, se representaba la pasmosa superioridad de su soberanía en relación a su fuerza, poder, belleza e inteligencia sobre los otros animales.

Al terminar de contemplarlo, la mujer se levantó de su asiento y se dirigió hacia él, para cubrirlo con la misma sutileza del principio. Y, nuevamente lo separó de sus otras esculturas.